

El padre Félix Restrepo

Escribe: CARLOS RESTREPO CANAL

Decía don Marco Fidel Suárez al iniciar su discurso sobre don Miguel Antonio Caro, en septiembre de 1909, que en nuestra América española aparecen de época en época y de pueblo en pueblo hombres comparables por su ilustración con los sabios de pueblos que poseen una tradición cultural más antigua y más arraigada, y los comparaba a árboles gigantes y precoces que se levantarán sobre los que aun fueran arbustos. Salvo el parecer un tanto pesimista que implica este concepto con respecto a la difusión cultural de hispanoamérica, que tiene tan diversos núcleos y grados de intelectualidad, el símil es aplicable hoy al sabio humanista que regía hasta hace pocos días la marcha de la Academia Colombiana de la Lengua y que había intensificado en ella la fecunda labor iniciada por el insigne Caro, por el ilustre filólogo Rufino José Cuervo, por José Manuel Marroquín, por don José María Vergara y Vergara y por los demás fundadores de esta docta corporación idiomática, primogénita de todas las de este vasto mundo hispánico.

El anterior director de la academia, don José Joaquín Casas, y el secretario perpetuo de ella, don Antonio Gómez Restrepo, habían mantenido por largos años el fuego sagrado que encendieron los fundadores de la corporación en 1875 y por sus antecesores en la mesa directiva. En la selecta biblioteca del ilustre escritor Gómez Restrepo se celebraban las sesiones cuando no en la Biblioteca Nacional, en tiempos en que la entidad rectora de la marcha de nuestra lengua había sido, por un azar administrativo, despojada de su sede propia y carecía por tanto de las necesarias oficinas para sus labores.

Los señores Casas y Gómez Restrepo, dejaron en manos del padre Félix el legado de los fundadores, y este entusiasta y activo director de la corporación puso todo su ahinco en perpetuar en la academia la acción rectora de la lengua patria en forma cada vez más efectiva y eficaz, por medio del constante empeño de mantener los fueros del idioma. Todo ello en íntima colaboración con la Academia Española, fundadora de la nuestra, y con las demás que cooperan en todos los pueblos hispánicos a dar esplendor a la lengua, a mantener su pureza y a enriquecer su léxico.

Sabía el padre Félix Restrepo encaminar acertadamente la vivacidad del idioma y determinar el género de labor que en su favor deben ejercer las academias al dirigir el uso de los hispanohablantes, dueños del idioma.

“El castellano es una lengua viva —dijo el padre Félix en el prólogo de su pequeño libro *El castellano naciente*— y como tal nunca puede estar perfectamente registrada en diccionario alguno. El diccionario es un herbario; la lengua viva un jardín. En el jardín las flores de hoy mañana no aparecen; aparecerán en cambio las que hoy están en botón o apenas en promesa. Lo que pasa en el jardín de un día para otro, sucede en la lengua de siglo en siglo, y a veces de lustro en lustro”.

Y al plantear con este símil la vida y evolución del idioma la comentaba observando que si ello era verdad respecto de cualquier lengua viva, por pequeño que fuese el lugar de su dominio, con cuánta mayor razón podría afirmarse esto del castellano “extendido del uno al otro polo, y hablado por 160 millones de hombres que pertenecen a más de veinte naciones independientes”. “¿Qué diccionario podrá registrar tan exuberante vida?”, preguntaba el insigne humanista al contemplar el lenguaje español en esta a manera de visión panorámica de sus dominios dilatados por Europa, por América y por Asia.

Dirigir esta gran floración de nuestra lengua era labor que el padre Félix Restrepo sabía ejercer desde la dirección de la academia. Las palabras nuevas que el uso va introduciendo en el habla eran —siguiendo el símil por él propuesto— “mil pequeños brotes que se inician vacilantes” y que pueden percibirse en el lenguaje usual si se lo examina cuidadosamente. “Unos de ellos —observaba el insigne filólogo— se fortalecerán y llegarán a figurar en diccionarios futuros, y, en cambio otros apenas dejarán rastro de su efímera existencia”.

En esta constante floración del idioma se comprenden no solo las palabras nuevas que en el léxico se introducen, sino los nuevos significados que adquieren algunas voces antiguas para designar todo aquello que las modificaciones de los conceptos y el uso de nuevas cosas, exige en el cambio de los tiempos. La semántica estudia estos fenómenos evolutivos del lenguaje y señala las normas a que debe ella someterse. En esta ciencia fue maestro nuestro filólogo y tratadista único en nuestra lengua con su *Diseño de semántica general o el alma de las palabras*, publicado en 1917 y reimpresso varias veces.

Pero además de estos brotes y de estas extensiones de significado de las palabras, que muestran el natural y legítimo crecimiento del idioma, surgen —según manifestaba el padre Félix en su citado prólogo— “mil parásitos traídos de fuera y clavados a la fuerza en el lenguaje, violentando su fonética, rompiendo su eufonía, contrariando su naturaleza. Tarde o temprano esos cuerpos extraños serán eliminados o asimilados; pero afean la lengua por decenios y aun por siglos”. “Estudiar el castellano naciente en toda la frondosidad de nuestro imperial idioma sería gigantesca empresa”, decía allí mismo nuestro recién desaparecido humanista, que diariamente estaba dedicado a esa gigantesca empresa, singularmente patriótica, puesto que la lengua es el símbolo de la patria y con ella se identifica.

Para realizar esta insigne labor había dado vida el padre Félix, años hace, al Instituto Caro y Cuervo, que hoy dirige con acierto don José Manuel Rivas Sacconi, y había dado impulso a la Academia Colombiana, que

a él le debe su nueva sede, el apoyo oficial de que disfruta y la ley de defensa del idioma, alcanzada por él del Congreso Nacional.

Era, pues, en realidad el padre Félix no solo un sabio humanista, autor de obras que son llave de la cultura nacional, para usar del término emblemático con que designó una de sus obras —*La llave del griego*— sino un varón de empresa, como lo son los de su región antioqueña, pero de empresa completamente desinteresada y puesta al servicio de la tradicional cultura de esta nuestra Atenas de América, “que no cesa de producir —recordemos la metáfora de Suárez— árboles bajo cuya fronda de sapiencia y laboriosidad prospera y se renueva la fama que para la patria señaló en tal dictado el comentador y crítico santanderino admirador y amigo entrañable de Caro”.

El castellano en los clásicos, las *Raíces griegas*, *El alma de las palabras*, que constituye un utilísimo tratado de semántica, único en nuestra lengua, y la *Llave del griego*, que escribió en asocio del padre E. Hernández, de la Compañía de Jesús, también, constituyen, aparte de sus obras de orden oratorio y literario, la labor filológica escrita del padre Félix. A ella unía la acción a la que se debe la creación de la Comisión de Vocabulario Técnico, que dentro de la Academia Colombiana tiene la misión de enriquecer la lengua, remplazando para las actividades profesionales, científicas e industriales las voces foráneas por voces castellanas. A esto debe añadirse su decidida cooperación en todas las actividades que se desarrollan en España por medio de la Academia Española, del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y del Instituto Antonio de Nebrija en pro de nuestra lengua, tales como la Asociación de Academias de la Lengua Española y la Oficina Internacional de Información y Observación del Español, cuyas recientes labores presidió en Madrid el secretario perpetuo de la Academia Colombiana, doctor Rivas Sacconi.

Entre las obras del padre Félix Restrepo es preciso mencionar también *El oro en el crisol*, elogios de Marco Fidel Suárez, libro editado en 1955, donde se hallan reunidas varias piezas de orden crítico y literario sobre la personalidad del señor Suárez, y dedicado a la memoria de tan señalado humanista en las letras colombianas. Entre las piezas recogidas en este volumen puede leerse el elogio del señor Suárez hecho por el padre Félix al ocupar, en 1933, el sillón que aquel dejaba vacante con su muerte. Parodiando las palabras que el propio Suárez había pronunciado al recibir el galardón que le hizo célebre por su gran trabajo de orden filológico sobre la obra de don Andrés Bello, dijo el padre Restrepo: “Acepto, pues, con timidez pero con sincero reconocimiento esta designación que será para mí un estímulo para volver a mis juveniles trabajos filológicos, largos años abandonados por otros estudios tal vez más apremiantes, nunca más gratos”.

En esta misma recopilación de escritos del padre Félix Restrepo se halla también un fragmento de su discurso de contestación al académico don José Antonio León Rey, al tomar este posesión como miembro de la Academia Colombiana. Lleva por título este discurso del padre Félix *El castellano imperial*, en el que a la vez que la mención elogiosa de Suárez muestra la grandeza, hermosura y prestigio de nuestro idioma. Tanto es-

tos discursos sobre el señor Suárez como los que sobre otros asuntos pronunció el padre Restrepo se hallan publicados en un tomo titulado *Astros y rumbos*.

En todas estas piezas literarias se aprecia el buen sentido crítico del padre Félix, el buen orden conceptual, la amenidad de su exposición y la elegancia de su prosa.

Y volviendo a *El castellano en los clásicos*, obra apenas mencionada anteriormente, es preciso, al hablar ahora de su autor, señalar el acierto con que supo este unir las indicaciones gramaticales con los ejemplos de los buenos autores, porque tan útil es el conocer los buenos escritores para hacer buen uso de la lengua como saber las normas gramaticales, y acaso más importante el conocimiento de los escritores selectos para la formación del buen estilo literario que el cabal conocimiento de la gramática. Así lo entendía nuestro director, tan experto en las ciencias de la educación como en las del idioma. Porque tan importante es adquirir el conocimiento de la forma perfecta y castiza en los buenos hablantes como pernicioso y fatal contagiarse de la forma impropia que se halla en las malas traducciones de libros y de películas.

Y no quiere decir con esto, ni mucho menos, que los estudios gramaticales hayan de ser puestos en segundo término, sino que han de ir unidos con la adquisición de arte y primor de los grandes prosistas o de los inspirados versificadores para la formación del buen gusto, como no basta conocer la técnica de la pintura o la de la escultura para formar el gusto del artista si este desconoce las obras de los grandes maestros del arte.

A la disciplina en que el alumno adquiere la teoría y la buena práctica en el manejo de la lengua, une la obra mencionada un excelente tratado de ortografía integrado por "reglas que no tienen excepción", como lo afirmó el autor, las que a su juicio "son las únicas que merecen estudiarse, y que realmente facilitan el aprendizaje de la ortografía, la cual —agrega el experto preceptor— no llega a dominarse por completo sino con el ejercicio de copiar y escribir mucho y con mucho cuidado".

Añadió el padre Félix a esta obra su tratado de raíces griegas que la complementa y lleva al alumno a un más perfecto conocimiento de la lengua.

El estilo literario del padre Félix Restrepo era claro y castizo, sin pompa ni grandilocuencia, y enriquecido con adecuadas y sugestivas metáforas y comparaciones; transparente y terso como el que poseyó su antecesor en el sillón académico de la lengua, y conterráneo suyo; estilo elegante por su misma sencillez y pureza idiomática, y ameno por su claridad, por la ordenada exposición de las ideas y conceptos y, además, por lo armonioso de la prosa; era como el carácter mismo del humanista a quien servía de expresión propia. No se dilataba en largos períodos de sonora elocuencia, sino que, en períodos casi siempre cortos, corría serenamente para exponer la doctrina o el pensamiento de nuestro humanista, más como manifestación didáctica y filosófica que como oración lírica.

Era en este punto el padre Félix Restrepo de la escuela de Jovellanos, de Marco Fidel Suárez y de aquellos doctos escritores que, como el padre Miguel Mir o el padre Lapuente, son más lógicos expositores que estilistas de sonoros períodos oratorios; escriben como manifiestan en cátedra las ciencias o doctrinas en que son maestros. Así expuso el padre Restrepo sus tesis sobre la educación secundaria, que tan doctas enseñanzas encierra respecto de esta delicada materia, en la que no hemos llegado aún a un plan netamente satisfactorio. Para acoger uno que satisfaga plenamente debería sin duda consultarse la obra que dejó este autorizado y práctico educador sobre tan arduo problema.

Los muchos y variados temas de que se ocupó el padre Félix le llevaron a tratar de los sociológicos en su obra *Colombia en la encrucijada*, donde señala los peligros que descubría en el porvenir para nuestra nación, tanto por causa de sus problemas internos como por los que oteaba en el mundo circundante.

De este género de escritos del padre Félix fue el que con el título de *España mártir*, publicó “en el primer aniversario de la revolución” española, como editorial de *La Razón*, el 21 de junio de 1937. Se dio a la imprenta de nuevo este interesante artículo en un folleto, con el mismo título, acompañado de gran número de documentos que narran los antecedentes de aquella cruenta revolución y los terribles sucesos ocurridos en ella, que demuestran los horrores y abominaciones cometidos en la península por los rojos y por los invasores comunistas.

La tesis filosófica y de derecho público del aludido artículo se encierra en estas breves palabras: “Mucho antes del 18 de julio de 1936 había muerto en España la legalidad y había pasado a la historia la democracia. Desde febrero de ese mismo año vivía España bajo el régimen de la arbitrariedad y la violencia, bajo la dictadura del frente popular”. Concluye citando las palabras del papa Pío XI, dirigidas a los defensores de la civilización cristiana en España.

Pocos años ha dio a la estampa el padre Félix Restrepo su última obra, que encierra el balance del tiempo de su vida y el pensamiento del más allá, que era para él constante motivo de meditación y de preparación para el paso del tiempo a la eternidad, como convenía a su calidad de excelente religioso, hijo de San Ignacio de Loyola. Además, como hombre de acendrada fe, que varias veces había escuchado muy de cerca los anuncios de la postrera llamada del Creador. Esta idea en que tenía puesta su alma, con el presentimiento de su próxima partida de este mundo, quedó magistralmente expresada en la citada obra, *Entre el tiempo y la eternidad*, título de esta docta, al par lógica, sencilla y profunda exposición filosófica y dogmática.

El prologuista de esta postrera obra de orden filosófico del padre Félix se pregunta dentro de cuál especie literaria ha de incluirse ella, y no considerándola como divagación, porque en este género de escritos no se expone parecer ideológico seguro; ni como disertación, porque en esta se opina con buen criterio acerca de alguna tesis “meritoria”; ni como ensayo, puesto que en este caso el autor añade doctrina al tema de que se

ocupa, se decide a clasificar la obra como un discurso, “en la noble acepción —dice— que este título obtuvo en los siglos XVII y XVIII”. Sin embargo, qué tesis tan “meritoria” expone el eminente autor y qué doctrina tan eminente agrega, como consecuencia de tan detenida disertación. Mas discurso, como tesis apoyada en razonamiento exacto y de conclusiones, no solo “genuinas” sino lógicas, es clasificación acertada que muestra el alto concepto que al prologuista le merece el conjunto de consideraciones y conclusiones a que el padre Restrepo llega en sus metódicas exposiciones y en sus ordenadas consideraciones conceptuales, que el mismo doctor López de Mesa, al rematar su prólogo, califica también de “codicilo de cátedra”. Empero, al hablar de esta obra del eminente autor que discurre entre el tiempo y la eternidad, nos parece oportuno designarla también como verdadero tratado de apologética, basado en consideraciones hechas sobre la contemplación filosófica de la propia personalidad del autor y del universo que lo rodea, para llegar a la contemplación de la persona de Cristo y de su doctrina, así como a discernir dónde se halla realmente la auténtica tradición apostólica de esa doctrina.

El pensador comienza sus consideraciones partiendo del punto a que ha llegado al final de la jornada de la vida, cuando “ya se pone el sol en occidente” y para él ha quedado atrás la tierra y delante se le abre el mar de la eternidad, según la hermosa metáfora que emplea al dar principio a su discurso, o a su discurrir sobre el panorama de su vida.

Si recordamos en este punto aquellas consideraciones con que el padre Gracián da comienzo al *Criticón*, hallamos que allí empieza el discurrir por el principio de la vida, también a la vista del mar, para disertar sobre las diversas edades del hombre, que compara con las cuatro estaciones, advertimos la diferencia de estilo, entre el de Gracián lleno de imágenes y alegorías, excelente, aunque a veces contaminado del gongorismo de su época, y el nítido y sencillo de nuestro escritor, que usando a su vez de un escenario análogo busca el conocimiento de las cosas, la condenación del escepticismo y de la duda metódica o sistemática, a la vez que la demostración de la verdad y autoridad de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana como depositaria de la auténtica doctrina de Cristo.

Gracián, de quien dice don Julio Cejador que “es el más grande pensador de la raza hispana y uno de los grandes pensadores de la humanidad”, se explaya en cambio en comentarios históricos, en la reprensión de los vicios humanos y en elogio de la virtud, comenzando, según sus palabras, por la hermosura de la naturaleza, de la que pasó “a la primorosa arte” y para “en la útil moralidad”, en lo que hay analogías que muestran a nuestro humanista como pensador de idéntica profundidad y clarividencia.

Acaso pudiera hacerse también memoria al leer la obra del padre Félix, en la que demuestra por estilo clarísimo el absurdo que encierra el sistema filosófico que duda de la existencia real de cuanto nos rodea, de *La vida es sueño*, en donde Calderón llega a poner en boca de Segismundo aquellas palabras que demuestran que no es posible que el entendimiento humano se extravíe hasta juzgar a todas las cosas como sueños de la men-

te, ni menos cuando ellas conmueven hondamente el espíritu del hombre, como a este le había conmovido la hermosura de una mujer:

“Que fue verdad creo yo,
en que todo se acabó
y esto solo no se acaba”.

Otras disertaciones cabe recordar aquí al hablar de esta tan eminente, que merecen el calificativo literario de discurso en el noble sentido que indica el profesor López de Mesa, y al mencionar a *Colombia en la encrucijada*, antes aludida, es aquella en que el doctor Gonzalo Restrepo Jaramillo manifiesta el desarrollo secular de la civilización occidental y cristiana y los graves peligros que la amenazan, obra que él tituló *Peligro en Occidente*, y en la que se muestra tan profundo conocedor de la historia universal y tan acertado comentador de ella como diestro escritor y filósofo del proceso de desarrollo, apogeo y decadencia de los imperios y de sus mutuas influencias. Llega en esta obra, que constituye uno de los mejores libros publicados en esta última década de la vida intelectual colombiana y aun podría afirmarse también de este mismo lapso en hispanoamérica, hasta la época presente y sus complicados y novísimos problemas y amenazantes peligros. En este discurso filosófico e histórico se presentan las dos grandes fuerzas que hoy dividen el mundo: el cristianismo, que aparte de su carácter de religión revelada encierra en sí todas las excelencias de la civilización occidental, que él ha complementado y perfeccionado, y el comunismo, negación de la civilización de occidente, de la dignidad humana y de todo concepto espiritual y moral.

Discurso de este género puede llamarse asimismo aquel hermoso prólogo de doña Emilia Pardo Bazán que antecede a su *Vida de San Francisco de Asís*, donde se expone precisamente el proceso histórico de la Edad Media, desde sus orígenes hasta el siglo XIII, en forma análoga a la obra de Restrepo Jaramillo, aunque con finalidad diversa, y a la del discurso del padre Félix.

Añadiría yo a este recuento la estupenda obra titulada *Los orígenes de la civilización moderna*, de Godofredo Kurth, autor belga que analiza con profundo conocimiento y acertado criterio el desarrollo de la civilización occidental y el aporte decisivo de la Iglesia Católica en su perfeccionamiento.

El notable historiador Arnold Toynbee analiza en sabios discursos, como el de *Guerra y civilización*, las características de nuestra civilización occidental y los problemas de inmensas proporciones que hoy se le presentan en su marcha y en su supervivencia.

Por el aspecto tanto literario como filosófico y encomiástico de la obra de España en el mundo discurrió Ricardo León en *Los caballeros de la cruz*, mostrando cuanto debe a España la civilización occidental, como en la *Escuela de los sofistas*, en diálogos que recuerdan los de *Los nombres de Cristo*, de fray Luis de León, analiza el carácter hispánico y su obra en el mundo de occidente, como Ganivet lo hizo en el *Idearium español*, y en nuestra agitada época moderna Ramiro de Maeztu en su *Defensa de la hispanidad*.

Suelen unas ideas o algunos conceptos despertar otros análogos, y esto nos ha hecho discurrir, a propósito de la obra del padre Félix Restrepo, sobre varias de las que merecen como en ella el calificativo de discursos, como se dice de la consideración de Bosauett sobre la historia universal, que debió inclinar al mencionado prologuista a señalar este carácter, salvas las necesarias diferencias de extensión y de asunto, a la obra prologada.

Cinco años y medio separaban tan solo al pensador del mar de la eternidad en el que tiempo hacía estaba pronto a embarcarse, "rico en los momentos de emprender el viaje sin regreso" en "riqueza del espíritu".

Pero realmente, como ha dicho con sumo acierto el padre Angel Valtierra al comentar la breve autobiografía que deja escrita el padre Félix, y que trazó para complacer en ello al padre Carlos Ortiz Resrepo, S. J., "su gran amigo y compañero", fue nuestro insigne humanista hombre más entregado a la acción que a la investigación, lo que impidió que hubiera dejado una más amplia y metódica obra literaria; a ello contribuyó, como lo observa el mismo citado crítico y comentarista, la dispersión de las actividades intelectuales del padre Félix Restrepo, que se ocupó en la exposición de diversos temas de orden científico y literario, siempre con señalada competencia. De esta competencia es prueba su obra de semántica, *El alma de las palabras*, ya antes mencionada, primera exposición de esta materia escrita para nuestra lengua, en 1917, de la que podría él haber dicho, como fray Luis de León dijo de sus poesías, que se le cayó de entre las manos, sin pensar que hubiera de alcanzar vida tan larga y completa, puesto que, a pesar del tiempo, ni ha sido superada, ni ha dejado de servir de texto de la materia, tanto aquí como en España.

En el mismo caso puede considerarse que se halla *La llave del griego*, que a tantas mentes ha abierto y abre la puerta del encantado alcázar de la lengua clásica del Atica.

En el campo de la crítica histórica debe mencionarse, entre los más recientes escritos del padre Félix, la lectura que hizo en la Academia Colombiana de Historia el día 3 de enero de 1964 sobre el reciente libro de don Ramón Menéndez Pidal: *El padre Las Casas. Su doble personalidad*, que el padre Restrepo designó como el libro del año 1963. Tomó parte nuestro ilustre humanista en la viva polémica suscitada por la obra del señor Menéndez Pidal, terciando con buenas razones en pro de las tesis del gran historiador español, en contra de las cuales han salido de la palestra de la crítica autorizados historiadores en España, entre ellos, el profesor Manuel Giménez Fernández, a quien por los mismos días en que hablaba sobre este asunto el padre Félix en Bogotá, le oímos una amena y bien razonada conferencia en la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla. En ella, reconociendo la autoridad indiscutible que asiste a don Ramón Menéndez Pidal en cuanto se refiere a la historia de España, se la discutía para ocuparse de la de América y para rebatir al padre Las Casas. Empero, en este punto no parece posible apartarse enteramente de las afirmaciones del señor Menéndez Pidal. Entre ellas la referente a la señalada tendencia a generalizar y a exagerar los hechos censurables que mostró siempre Las

Casas, a la vez la que muestra sus drásticas y extremistas formas de obrar en favor de los indígenas y en contra, sistemáticamente, de los colonizadores, pobladores y encomenderos.

Verdad es también indiscutible, como lo observa el señor Menéndez Pidal y como lo aceptó el padre Restrepo, que Las Casas dio pie a la *leyenda negra* contra España, no menos exagerada que la *leyenda rosa*, sino, por el contrario, más extremista y apasionada. De la famosa *destrucción de las Indias*, de Las Casas, traducida a seis idiomas europeos y publicada en ellos en más de cincuenta ediciones, con aplauso entusiasta de los enemigos de España, dice el padre Félix en apoyo de Menéndez Pidal que sirvió “como propaganda antiespañola, tanto a los patriotas de la independencia de los Países Bajos como a los beligerantes de la guerra de los treinta años, ejemplo que siguieron más tarde nuestros libertadores. Recuérdese —añade— que Bolívar pensó poner el nombre de Las Casas a la capital de la Gran Colombia”.

Sugestivo es el hecho de que dos notables escritores se hallen en tan extremas posiciones al tratar este punto, y que sea el español, Giménez Fernández, quien defienda a Las Casas, y el hispanoamericano, Félix Restrepo, quien contribuya a atacarlo con no menos buenas razones que el conferencista de Sevilla.

Punto de orden histórico es este que no ha quedado enteramente dilucidado y que ha de suscitar nuevas controversias, pero que el libro de don Ramón Menéndez Pidal ha contribuido a aclarar, y que el comentario del padre Félix Restrepo sintetiza con certero criterio crítico.

Con clara visión sabía el padre Restrepo contemplar el panorama de la historia y advertir en la sucesión de los hechos que lo integran la dirección que imprime en ellos la voluntad divina sin interferir el libre ejercicio de la humana; y así lo expuso en su discurso *Dios en la historia*, pronunciado cuando la Universidad Javeriana le confirió el título de doctor *honoris causa*. En él, recorriendo la sucesión de las edades señalaba cómo la sabia Providencia señala el rumbo, desenvolvimiento y sucesión de esos hechos, y concluía demostrando la verdad que encierran las palabras de San Pablo: “*Jesus Christus heri et hodie, ipse et saecula: Jesucristo, ayer, hoy y para siempre*”.

Discurrió también el padre Félix sobre los hechos de la historia nacional con entusiasmo patriótico, con acertada exposición y con aquel tino que sabe unir a todo ello la elegante y elevada expresión que el tema pide.

Pero como se ha dicho, juntamente con la labor literaria de tan variados aspectos, es necesario apreciar en la personalidad del padre Restrepo su insigne actividad de organización cultural. En la citada autobiografía refiere que, de acuerdo con sus superiores, resolvió desde los primeros años dedicar su acción, como hombre de letras y como sacerdote jesuíta, a la enseñanza de la juventud, empleando en ella todas sus energías. Mas refiere que no le atraía tanto la pedagogía que podría llamarse individual —según sus palabras— “o arte para educar y perfeccionar a los individuos, sino más bien su aspecto social como ciencia para transformar las sociedades”.

Allí mismo —en la parte de esa autobiografía transcrita por el padre Valtierra— se dice cómo comenzó a poner en práctica sus propósitos y cómo llegó hasta la fundación, o quizá restauración de la Universidad Javeriana.

En desarrollo de esa resolución organizó el padre Félix la Casa del Estudiante Católico, con lo que logró romper el monopolio de la organización estudiantil que por mucho tiempo había estado ejerciendo y la Federación de Estudiantes, “controlada por jefes de izquierda”, dice el padre, quien agrega lo siguiente:

“Dieciocho años —nueve como decano y nueve como rector— he estado consagrado por entero a la organización de la universidad, que hoy, adornada con el título de Pontificia y sus cuatro mil alumnos en once facultades eclesiásticas, civiles y femeninas, es una de las más completas y eficaces instituciones de educación superior en nuestra América. Mis primeros ideales de dedicarme a la educación de la juventud quedaron, pues, realizados en una forma mucho más alta de lo que yo hubiera podido sospechar”. Además fundó el padre Félix la *Revista Javeriana* como órgano de esa universidad que había existido en el siglo XVII y que él hizo volver a la vida y actuar con la grande eficacia que tenemos a la vista.

Aunque el principal fin de este ensayo es mostrar la personalidad humanística del padre Félix Restrepo, no puede olvidarse que a su actividad de organizador se debió la fundación de una librería que lleva un nombre que podría tomarse como norma que guía la actividad de nuestro personaje: Librería Voluntad, y de una cooperativa de crédito dedicada a libertar a la clase media de las garras de la usura a que solía —más en otro tiempo que ahora— verse expuesta.

Esto nos demuestra que era el padre Félix Restrepo hombre de actividad extraordinaria en diversos campos de la cultura y de la acción social, actividad eminentemente constructiva, que dejaba en pos de sí obra perdurable, al contrario de lo que ocurre con la de otros hombres que siendo eminentemente activos y enérgicos solo lo son para destruir, sin que luego acierten a dejar tras de sí obra grande y verdaderamente duradera y benéfica.

Ultimamente, y como si quisiera el padre hacer un repaso de los recuerdos de su vida, pronunció en la Academia Colombiana una amena disertación sobre sus antepasados y sobre las familias antioqueñas a que él pertenecía; ocurrió esto cuando le fue entregado el diploma de doctor *honoris causa* de la Universidad de Antioquia. No pensaron los oyentes en tal ocasión que era aquel su postrer discurso, a pesar de que, en particular, nos hubiese dicho a algunos de sus colegas que le había fatigado mucho la labor de escribirlo. Acaso, más que discurso fue una amena conferencia, llena de agradables narraciones, de recuerdos autobiográficos y de genealogías de beneméritas familias antioqueñas.

Los oyentes de esta conferencia tuvieron entonces nueva ocasión de recordar, al margen de la exposición que hacía el ilustre jesuíta y doctor, las prendas de benevolencia de su carácter, así como también las dotes de buen amigo que poseía, y que suscitaban, a la vez con la admiración de su saber y sus talentos, la simpatía y el afecto.

Al tratar de un hombre de letras como el padre Félix Restrepo se ve con verdadera satisfacción que siguen siendo aplicables a la literatura colombiana las palabras que en 1896 le dedicaba don Juan Valera en su estudio crítico sobre la literatura española en el siglo XIX, aunque múltiples influencias foráneas, no siempre para bien, la afecten en algunos de sus ramos: “Colombia —decía Valera— es sin duda la república hispanoamericana donde las culturas francesa e inglesa han ejercido menos influjo y donde la española, vigorosa allí desde el Descubrimiento y la Conquista, ha conservado con mejor pureza su carácter propio y castizo. Es singular y para España verdaderamente lisonjero que en aquella parte fértil y hermosa de los Andes, florezcan las letras españolas como árbol lozano que, sin extraño injerto y trasplantado a suelo tan remoto, produce en competencia con los del país, los más ricos y sabrosos frutos. En el profundo conocimiento de nuestro idioma nadie hay ahora en España que compita con don Rufino Cuervo. El padre Blanco García llama, con sobrada razón, labor de cíclopes de que pudiera ufanarse cualquier literatura el *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*”.

Gracias a la acción del padre Restrepo, fundador del Instituto Caro y Cuervo, esa labor de cíclopes continúa avanzando, basada en las papeletas que para ella dejó su iniciador y a la labor de los actuales filólogos e investigadores.

Los conocimientos que en la ciencia del lenguaje poseía el padre Félix los reconocía don Marco Fidel Suárez, quien dejó en *El sueño del liberalismo*, hablando del copioso acervo de ciencia lingüística que se encierra en el *Tesoro de la lengua castellana*, obra de don Julio Cejador y Frauca; decía allí que hacía votos para que Dios prolongara la vida de aquel sabio, y así como para que se dignara prosperar la de otro religioso loyolista también, “paisano nuestro y heredero del nombre circuido de luz y de bondad de don Juan Pablo Restrepo, a fin de que, continuando en la senda de estos estudios, siga acrecentando su fama para honor de su tierra y nuevo lustre de la Compañía. Hablo —agregaba don Marco— del padre Félix Restrepo, muy joven todavía y famoso en la ciencia que fundó a la par de Leibniz aquel otro jesuíta eminente don Lorenzo Hervás”.

Ya se ha dicho cómo al suceder en la Academia Colombiana el padre Félix a quien así había reconocido sus méritos y su saber, se renovó y acrecentó en él la dedicación a la ciencia lingüística, abandonada, dijo por causa de estudios más apremiantes sin duda conforme a su estado, mas, “nunca más gratos”.

Poníalo, pues, don Marco en este *Sueño* al lado de los grandes conocedores de la lengua, como lo era él mismo, que con ellos podía parangonarse.

Si como humanista y como filólogo fue continuador de la obra de Caro, de Cuervo y de Marroquín en Colombia, digno sucesor de ellos y de Bello en América, como preceptor y director de educación supo proseguir en la labor de nuestros grandes educadores y de aquellos personajes que en las páginas de nuestra historia señalan a través de diversas épocas el avance de la cultura colombiana.